



Documento 6

DECÁLOGO SOBRE LA FE

* Por Víctor Codina, sj

Benedicto XVI, consciente de que la crisis de fe afecta a numerosas personas, proclamó el año de la fe del 11 de octubre de 2012 (a los 50 años del Vaticano II) al 24 noviembre de 2013, fiesta de Cristo Rey. En su carta apostólica *Porta fidei* presenta la fe como la puerta que nos abre el camino a Cristo, a la Iglesia, a la salvación y a la comunión con Dios (Benedicto XVI, *La puerta de la fe*,

Durante este año se publican numerosos artículos y estudios sobre la fe, pero a veces la abundancia de árboles no nos permite ver el bosque. Por esto presento un breve decálogo sobre la fe que, sin pretender ser exhaustivo, nos puede ayudar a fijar algunos puntos básicos en el camino de la fe.

1. La fe es una experiencia humana y espiritual.

La fe presupone una actitud humana de apertura y de confianza previa, que comienza con la fe antropológica: relacionarse de forma humana con los demás, confiar en los demás y confiar en la vida; poco a poco esta fe antropológica se abre a la Trascendencia, a Dios. Esto implica una pedagogía previa a la fe y una iniciación al Misterio, una mistagogía, una espiritualidad.

A veces esta espiritualidad está ligada a la cultura originaria, anterior a la evangelización: los misioneros siempre llegan tarde, antes ha llegado el Espíritu. En el mundo moderno y postmoderno, un tanto agnóstico e indiferente, pero que busca algo más, la fe presupone una actitud espiritual previa de interioridad, silencio y contemplación, una vida ética y solidaria. Siempre la fe es ponerse en camino, como Abrahán, es una aventura, una apuesta, esperando contra toda esperanza (Rm 4,18).

La fe cristiana culmina en el encuentro con Cristo, pero esto es una gracia del Espíritu que nos abre el corazón para que aceptemos la Palabra de Dios, como Lidia al escuchar a Pablo (Hch 16, 14). Solo el Espíritu nos permite reconocer y decir que Jesús es el Señor (1 Cor 12, 3). En este sentido la Pneumatología y la espiritualidad, pastoralmente preceden a la Cristología.

2. La fe es un encuentro con Jesús.

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran ideal sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un horizonte a la vida y con ello una orientación decisiva” (Benedicto XVI, *Dios es amor*,)

La fe cristiana no comienza con una aceptación de verdades y dogmas sino con un encuentro personal con Jesús, como aparece en el evangelio: los primeros discípulos (Jn 1, 35-51), la samaritana (Jn 4), la hemorroísa (Mc 5, 34), el capitán romano al pie de la cruz (Mc 15,39). No hay fe auténtica y madura sin este encuentro personal con Jesús

3. Jesús es modelo de fe.

Jesús no sólo es el objeto y término de nuestra fe (creer en Jesús), sino el modelo de fe (tener la fe de Jesús). Hemos de *tener los ojos fijos en Jesús que es el que inicia y consuma la fe* (Hb 12,2). Es modelo de fe por su actitud en la vida, por su pasión por la historia, por el anuncio del Reino de Dios, por su predilección por los pobres, por su confianza en el Padre incluso en el fracaso de la cruz. Jesús muere en medio de una noche oscura pero confiando en el Padre (Lc 23,46). La resurrección da razón a las opciones de Jesús y es la respuesta a su fe.

4. La fe en Jesús lleva al seguimiento de Jesús de Nazaret.

El encuentro con Jesús implica el seguimiento de Jesús, la aceptación de su proyecto del Reino, de sus valores, de las bienaventuranzas, de sus opciones. *La fe sin obras es fe muerta* (Sant 2, 14-18). Hay quienes creen en Jesús sin aceptar sus valores y quienes aceptan sus valores sin creer en Jesús: éstos están más cerca del Reino que los anteriores, aunque no tengan una fe explícitamente cristiana. También en la Iglesia están más cerca del evangelio los pobres que muchas veces viven actitudes evangélicas (la fides qua) de solidaridad, confianza en Dios, lucha por la vida, esperanza en un futuro mejor...que muchos cristianos de ambientes acomodados y burgueses que aunque conozcan mejor los contenidos de la fe y tengan mayor instrucción religiosa (la fides quae), no viven valores realmente evangélicos.

5. “La opción por los pobres está implícita en nuestra fe cristológica” (Benedicto XVI en Aparecida)

Una consecuencia de lo anterior es que para los cristianos la opción por los pobres, no es algo meramente ético o sociológico, sino teológico, es consecuencia de nuestra fe en Cristo y al mismo tiempo alimento de nuestra fe, porque en los rostros de los pobres encontramos el rostro del Crucificado (Puebla 31-39). Antes de que nosotros optemos por los pobres, Dios ha optado por ellos, toma su defensa y los ama, cualquiera que sea la situación personal o moral en que se encuentren (Puebla 1142). En fin, “Todo lo que tenga que ver con Cristo tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo” (Aparecida 393).

6. Nuestra fe es la fe de la Iglesia.

Si nosotros creemos en Jesucristo es porque la Iglesia nos lo ha anunciado a través de la Palabra y del testimonio de su vida. La Iglesia, a pesar de todas sus limitaciones y pecados, nos ha transmitido lo mejor que tiene, el anuncio de la salvación en Jesús. A los catecúmenos se les enseñaba el Padre nuestro y el Credo. En la fe de la Iglesia hemos sido bautizados y en esta fe esperamos morir. Y entendemos por Iglesia no sólo a la jerarquía sino a todas las mediaciones eclesiales: familia, comunidades concretas, testimonios personales, mártires y santos.

7. Nuestra fe es comunitaria.

Aunque el proceso de iniciación a la fe es personal, nuestra fe es comunitaria, tanto podemos decir “creo” como “creemos”. Afirmar “Jesús sí, Iglesia no”, es un contrasentido teológico, pero se comprende que muchos rechacen la Iglesia por el antitestimonio de la institución eclesial y sin embargo se adhieran al Jesús de los evangelios. La fe ha de ser madura y aceptar la debilidad de la dimensión humana de la Iglesia, santa y pecadora, que camina siempre entre persecuciones y consuelos de Dios (LG 8), pero está siempre sostenida por el Espíritu (LG 4). 8. La fe crece y se alimenta con la oración y la celebración.

Nuestra fe necesita alimentación, crecimiento, hemos de repetir siempre como el padre del joven epiléptico: “Creo, pero ayuda mi poca fe” (Mc 9,24). La oración, es el ejercicio normal de la fe, supone confiar en Dios, ponernos en sus manos, pedirle fuerzas, pedir el don de Espíritu, invocar a Dios como Padre. Esta oración de tipo personal se fortifica y consolida en las celebraciones comunitarias eclesiales, sobre todo en la eucaristía, donde celebramos el misterio Pascual y podemos repetir con Tomás: “Señor mío y Dios mío”.

9. La fe tiene historia.

La fe no sólo tiene una larga historia desde Abrahán hasta nuestros días, del Antiguo al Nuevo Testamento, sino que tanto a nivel personal como comunitario pasa por diversos momentos y vicisitudes, también por períodos de dudas y crisis. Hoy concretamente, ante el cambio sociocultural y religioso que vivimos, la fe ya no se puede transmitir con la cultura ambiental como en tiempos de Cristiandad, sino que supone una convicción y proceso de aceptación personal. Este es el sentido de la frase de Rahner: *“el cristiano del siglo XXI o será místico o no será cristiano”*. Este es el sentido del Año de la fe en momentos de crisis de fe, este es el sentido de Aparecida: hay que pasar de simples bautizados a discípulos y misioneros de Jesucristo. La gran cuestión pastoral de hoy es ¿cómo transmitir la fe a las nuevas generaciones de jóvenes?

10. La fe ha de ser anunciada y comunicada.

No basta defender la ortodoxia de la fe, tampoco basta la ortopraxis testimonial, es necesario comunicar la fe, dialogar y evangelizar, porque creemos que es buena noticia para nosotros y para el mundo. En América Latina donde muchas veces hay más vivencia religiosa que auténticamente fe cristiana, es necesario completar y en muchos aspectos corregir la primera evangelización del tiempo de la colonia. No puede ser una fe meramente doctrinal, de ritos y mandamientos, mucho menos una fe alimentada por una pastoral del miedo al castigo, sino algo vivencial que llegue al corazón, en diálogo con las culturas y las religiones originarias y modernas, que no se limite a enseñar el catecismo de preguntas y respuestas sino que ponga en contacto con la Palabra, con el evangelio, con la vida de Jesús narrada. La ignorancia de la Escritura es ignorancia de Cristo (Jerónimo, DV 25).

En ese caminar en la fe, desde sus preámbulos antropológicos y espirituales hasta el encuentro con Cristo y su seguimiento evangélico en la Iglesia hasta la dimensión misionera de dar testimonio gozo de nuestra fe en Jesús de Nazaret, no estamos solos. El Espíritu del Señor nos precede, acompaña, ilumina, guía y alienta siempre en nuestro camino, como acompaña y renueva a la Iglesia, también a la Iglesia de hoy en la transición de Benedicto XVI a Francisco, el nuevo obispo de Roma.

